

te del aguacero que empapaba cabellos, trenzas y chaquetas, armando gran estrépito sobre los cristales y sobre los puentes y sacudiéndolo y bruñéndolo todo. Aquella infernal confusión hízome pensar con espanto en lo que ocurriría si se presentase un instante de peligro. No era mas que el primer saludo que nos enviaba la zona tórrida, gran rociadora del mundo, en cuyas aguas hacía dos días que navegábamos. Duró sólo algunos minutos. La bóveda oscura de nubes se elevó, y rasgándose por varios puntos como otras tantas ventanas, dejó caer sobre las aguas, todavía oscuras, aquí y allá y sacudidas por hazes, girones de lluvia, una variedad nunca vista de manchas de luz y de lívidos reflejos, blancos, verdes, dorados, que dieron al Océano la apariencia de muchos mares unidos, y como si cada uno de ellos estuviese iluminado por un astro diferente: ¡la imagen extraña y triste de un mundo en que principiase el desorden del fin!



IX

LOS EXTRAVAGANTES DE PROA

OTROS varios chubascos descargaron sobre nosotros al día siguiente, y gracias al último pude yo hablar por vez primera con la señorita de Mestre, que estaba á mi lado en el comedor cubierto de la derecha, donde se había refugiado, destemplada y tiritando de frío. Sus primeras palabras, los primeros movimientos de su rostro, vistos tan de cerca en medio de la multitud que nos oprimía, me revelaron su alma mejor que todos sus ademanes anteriores.

Ciertas contracciones involuntarias de sus labios blancos y ciertas íntimas vibraciones de la voz, dejaban adivinar bajo aquella graciosa compostura grande vigor en su corazón; sentía una piedad ardiente por las miserias humanas, cuyo espectáculo se le hacía intolerable y

le amargaba la vida; un amor violento por todos los que sufrían, el cual habíale inspirado no sé qué idea de socialismo religioso, confusa para su mente, pero que abrasaba su alma hasta consumirla. Era la primera vez de su vida que veía al alcance de su mano mucha miseria y muchos dolores acumulados, por decirlo así, y palpitanes; estaba perturbada en lo más profundo de su espíritu.

No comprendí del todo su pensamiento, porque, ya sea por dificultad de expresión ó por cansancio, nunca acababa las frases, y las últimas palabras volaban como arrebatadas por el viento.—Nunca se hace bastante en bien del que sufre—dijo;—y sin embargo... es lo único que hay que hacer en este mundo... ahí está todo.—Si las fuerzas de su cuerpo le hubiesen acompañado, su vida la consagraría al ejercicio de algún sublime apostolado de caridad, y en él habría muerto: lo decía la expresión tiernísima de su boca, y la de su frente enérgica, por la cual de vez en cuando cruzaba una sombra ligera, como el pensamiento del egoísmo y de la miseria humana, que ella debía haber adivinado más que experimentado en su breve existencia. Y, no obstante las grandes semejanzas, me pasaba por la mente, al mirarla, el rostro blanco é inspirado de una de aquellas muchachas nihilistas que pintó Stepniak, devoradas

por el ardor de su fe y prontas á morir por ella.

Hablaba con los ojos fijos en el horizonte, con voz dulcísima hasta lo inefable, acariciando con una mano su cruz negra; y aquel pobre hábito de niña enferma que salía de su boca, parecía también más tenue y compasivo ante el soplo inmenso de vida que á su frente le enviaba el Océano. ¿Tenía conciencia de su estado? Pensé que sí al ver la indiferencia que demostraba, como si ya viviera en otro mundo, por las compañeras de viaje y por los demás pasajeros de primera, á todos los cuales confundía constantemente, preguntando:—¿Quién? ¿Cuál? y haciendo un esfuerzo verdadero para acordarse de ellos. ¿Vivía resignada?... Traté de descubrirlo poco después, mientras hablaba con la hermosa muchacha genovesa, á quien había traído como regalo un pequeño estuche de cuero con los utensilios de costura. Busqué en sus ojos, en el momento en que la miraba, si la vista de aquella juventud hermosa, firme en su flor y resplandeciente de vida, despertaba en ella algún sentimiento, por fugaz que fuera, de envidia, el pensamiento triste del parangón. Nada. La gran renuncia estaba ya hecha, sin duda. El amor y el deseo de la vida, habíanse ido antes que ella y estaban ya en el sepulcro.

En aquel mismo punto oí á mis espaldas un vivo crujir de faldas y una vibrante risotada.

Era la señorita rubia, vestida de color celeste, empolvada sólo por una parte y perfumada como un ramo de flores, que venía por vez primera á visitar la proa, en compañía del segundo, hombre lleno de jovialidad, sonrosado, de dos metros de alto, con quien parecía estar ya en familiaridad. Pasó cantando y mirando á uno y otro lado; pero bien se veía que no veía nada de nada, y que para ella la popa, la proa, las máquinas, los emigrantes, la miseria, el Atlántico y el Mediterráneo, eran cosas todas igualmente insignificantes para ella, que no le distraían ni un momento de su gozosa conciencia de hermosa sin seso, libre y feliz, en el pleno ejercicio de sus funciones. Y pude observar también entonces, el sentido penetrante que tienen los hombres del pueblo para juzgar en el acto á las mujeres del «señorío». No la habían visto nunca, pero la reconocieron en el olfato; y no se movían de su sitio, de intento, los socarrones, para que el vestido celeste rozara sus rodillas, imitaban al pasar ella el ruido que se hace al sorber una ostra, ó se besaban la palma de la mano.

Hicieron calle, pero de mala gana, á la señora del cepillo, que iba detrás, sola, llevando un paquete en la mano, vestida con elegancia estrepitosa. Dos días hacía que había tomado el partido de imitar á la señorita veneciana, y distri-

buía confites y fruta á los muchachos. Pero ¡Santo Dios! tenía el aire de una inspectora, la sonrisa helada; y mientras ofrecía con la mano el dulce, no quitaba ojo para evitar los contactos: toda su persona revelaba la ralea burguesa mezclada con la envidia hacia el que está sobre ella y el desprecio para el que está más bajo, capaz de cometer una bellaquería por entrar en relación con una marquesa, y de reducir á media ración el pan de sus hijos por arrastrar terciopelo por la calle. Los chiquitines aceptaban, pero las miradas que los grandes le dirigían expresaban la más cordial aversión. Mientras la seguía con los ojos por entre la multitud, ví adelantarse con su niña á aquella tal señora «decaída», de las terceras clases, que el comisario me había hecho conocer desde los primeros días: más estropeada y peor que entonces, y de aspecto más miserable por el vestido de seda negro, ajado y sucio que llevaba.

Hay en medio de la desventura, humillaciones pequeñas que dan más compasión que la desventura misma. Ambas á dos, madre é hija, tímidamente y después de quién sabe cuántas dudas, se acercaron á uno de los filtros de agua, y avergonzándose un tanto y después de mirar en torno suyo, se inclinaron á sorber en los grifos de hierro, adoptando postura análoga á la de las bestias en el abrevadero, como

hacían todos los demás: mas como vieron que la señora suiza volvía hacia allí, se separaron con la cabeza baja, desapareciendo entre la multitud. Algunos emigrantes que advirtieron aquella escena, rieron en alta voz en son de burla. La señora rubia, entretanto, á una señal del segundo, se había parado á contemplar á la genovesa, cuya fama de «belleza virtuosa» debía haber llegado ya á sus oídos. Y creo yo que la encontró hermosa. Pero en su mirada sonriente y benévola ví relampaguear cierta expresión compasiva: la lástima con que un arriesgado y afortunado industrial miraría á un rico inepto que tuviese guardado en su caja durmiendo fuertes capitales. Luego se fué, saludando con una señal á su marido, que estaba en lo alto—sobre la terraza del entrepunte de mando—examinando la estructura del farol rojo.

*
*
*

¡Pobre genovesa! El sobrecargo al pasar por allí para cerciorarse de la rotura de los caños de un filtro, me puso al corriente de una historia deplorable. En torno de esta hermosa y buena muchacha, se había ido formando gran círculo de antipatías y rencores que no la de-

jaba en paz un momento. Todos los adoradores á quienes ó no había mirado ó habían sido rechazados por sus ojos ó con un acto de disgusto, se venían convirtiendo en enemigos, y este continente suyo, digno é inmutable, les exacerbaba poco á poco hasta odiarla.

Decían que era «estúpida como un guardacantón», un pedazo de carne sin sangre, todo manos y pies, acolchada de algodones por delante, y que tenía ¡unos dientes! Al despecho de los hombres habíase unido la envidia de las mujeres, rabiosas de ver que siempre tenía al retortero cien «imbéciles» en adoración. La boloñesa y las dos coristas, especialmente, le lanzaban unas miradas capaces de marcarla con fuego. Habían comenzado por llamarla, por sarcasmo, la princesa; luego dijeron que toda aquella modestia de monjita era mera hipocresía; y por fin echaron á volar contra ella todo género de imposturas. No pueden referirse las inmundas conversaciones con que la difamaban, la torpeza de las observaciones que sobre su persona se hacían, en voz alta, provocando risotadas insolentes, cuyo significado no podía ocultársele. Era una verdadera flor en medio de un muladar. La hubieran insultado en su propia cara, le habrían puesto las manos encima, nada mas que para envilecerla, si no hubiesen temido á las autoridades de á bordo.

El mismo cocinero se había vuelto loco, y ya no enseñaba por su ventanillo mas cara que la cara horrible de sultán ofendido. Por dos ó tres días el toscanillo de primera clase no se había separado, hecho un moseón, hasta llegar á entrar en relaciones con el padre; y todos aquellos canallas habían dado por concluído el contrato, y terminado el asunto; luego, sin embargo, sin saberse por qué había desistido de pronto. El único que permanecía devoto y más enamorado que nunca, hasta la médula de los huesos, ¡pobrecillo! era aquél joven flaco, que llevaba una bolsa de cuero á la cintura que parecía un modenés, escribano de profesión — solo — del cual se había encaprichado públicamente una fea tuertecilla de tercera clase, de cabellos colorados y cara excoñada, en quien ni se fijaba siquiera.

Su pasión, que había llegado á la estupidez, servía de pasatiempo á todos: lanzábanle suspirones asnales por las espaldas y le cantaban:

eres muy chico
para enamorar.

Tan trastornado estaba, que no advertía nada, permaneciendo horas enteras en su puesto, con un codo apoyado en la rodilla y la barba en la mano, mirándola, como en éxtasis; feliz cuando

aquellos ojos azules y límpidos, moviéndose en derredor se encontraban con los suyos por pura casualidad. Allí mismo estaba ahora, cuando el comisario hablaba de él, inmóvil, con una expresión en su rostro y en sus ojos que dejaba comprender que por una sola palabra hubiera dado su bolsa de cuero, su pluma, el pasaporte, América, el universo entero. Daba lástima. Seguramente, antes de llegar, acabaría de perder la cabeza haciendo alguna majadería gorda.

*
* *

Este era el «enamorado», personaje que jamás falta á bordo, como decía el comisario, dándose con frecuencia el caso de varios: entiéndase, enamorados de corazón, pues los otros son innumerables. En el *Galileo* había, sin embargo, rica colección de tipos originales bastante más extraños; cada uno de los cuales, en aquellos doce días, había tenido ocasión de brillar y de adquirir determinada celebridad en la república de proa. Había cabezas alegres y personajes graves. Estos estaban con preferencia en el castillo de proa, que era una especie de Monte Aventino, donde se replegaban los espíritus pendencieros y los filósofos de tétrico humor;